

Hacia una escritura del «viaje»: en torno a documentos catalanes de los siglos XIII-XV

JUAN MIGUEL RIBERA LLOPIS

1. UNA CALA TEORICA

1.1. Periferias de la escritura

Un texto, en un determinado momento, puede desvelar rasgos de su retórica de origen al mismo tiempo que vislumbra aspectos de la que desde él se proyectará. Al margen de su intención, digamos, científica —documental—, entre la épica y la novela medievales, la historiografía traza un sesgo en el que se descubren no pocos perfiles narratológicos en trance de evolución. De la primera, y prosificándolo, toma un material legendario sentido como verosímil. Su presencia se nivela en el texto con la relación experimentada del tiempo y de los hechos coetáneos. En ocasiones vividos —demostración empírica— por el autor; en otras recibido a través de sus repercusiones —constatación textual— en el medio histórico de ese autor o del momento que desea dejar documentado. No interesa ahora tanto la funcionalización ideológica que, por los más diversos intereses, se pueda hacer sobre ese fresco humano al pasarlo a la escritura. Nos moveremos en un único nivel de revisión, el de su formulación retórica.

En esta última vertiente de lo expuesto, y sin olvidar lo anterior, téngase presente que la crónica historiográfica medieval *ya es un libro*. Sobre la fuente épica no se practica por tanto, y solamente, un avance nivelador en cuanto a los contenidos. Además, sobre la oralidad se implanta su más rigurosa proyección mediante la escritura. Ciertamente, para ser después *leída* o, también, *escuchada*. En cualquier caso, eso obliga a una fijación de recursos expresivos. Seguramente aquí el cronista, tanto por conciencia de estilo como por desmarcarse de la categoría del juglar que había divulgado la canción épica, accede a registros de escritura más complejos. De estos últimos, tanto la materia legendaria reutilizada como la más verosímilmente inmediata saldrán dignificadas. El nuevo *libro* quiere ser *verdad* absoluta, sacra, quizás sacralizada. Este *libro*, además de relación de nuevas, desea ser *speculum*. Espejo de virtudes que, claro está, se

perfilan en las figuras de los monarcas y en las situaciones cuyos intereses condicionan el alcance del mensaje.

Para ese fin, la crónica puede haber tomado —o sencillamente coincidir con— elementos expresivos y estructurales del *roman*, discurso de ya muy distinta valoración intelectual frente a la progresiva desvalorización de lo épico. Eso al margen de las diferencias que, sobre los conceptos de verosimilitud y realismo, marcan crónica y *roman*, aunque, según criterio de P. Zumthor (1975: 245) «... historiographie ni roman n'avaient pour fonction de prouver une verité, mais de la créer ...». Formalmente ambos, con todo, se proyectan sobre la naturaleza literaria de la novela. Téngase presente, por ejemplo, la estructura polifónica ya desarrollada en aquellos modos de escritura. Por lo que a la crónica respecta más concretamente se muestra así pues como un discurso de naturaleza sintética. Campo de reconocimiento, por tanto, para la contemplación crítica de formas en evolución.

T. Todorov (1978: 13-26) plantea la noción de literatura como entidad funcional con identidad estructural. Este criterio debería presuponer, por eliminación o identificación, el reconocimiento de lo que, estructuralmente, *es o no es* literatura. La teoría de los géneros facilitaría, por tanto, ese ejercicio de selección. Pero, en la medida en que «les genres littéraires, en effet, ne sont rien d'autre qu'un tel choix parmi les possibles du discours, rendu conventionnel par une société» (T. Todorov, 1978: 23), ese consenso puede estar tanto y siempre en evolución —los géneros como sistema en continua transformación— como puede potenciar la aparición de formulaciones genealógicamente periféricas que, a la vez, se proyecten sobre su naturaleza interna y dificulten su más claro reconocimiento. T. Todorov las llama «parents non littéraires» (1978: 25), como A. Fowler «neighboring forms» o «peripheral literature» (1982: 5, 13), apuntando en todo caso que, esas formas periféricas, pueden estar más cerca de un determinado tipo de discurso literario que diferentes tipos del discurso literario entre sí. Las narraciones contenidas en las crónicas con respecto a la novela, se podría decir ya, más que novela, por ejemplo, y elegía.

El estudio de esa proximidad retórica o contaminación puede plantearse sincrónica y/o diacrónicamente. Como punto de partida se establecía un breve bosquejo de connotaciones fundamentalmente temporales. Ante la teoría de los géneros, T. Todorov (1978: 47, 53-54) plantea, por el contrario, que hay que intentar trazar el origen sistemático y no histórico: qué ha presidido ese origen y no qué ha precedido al nacimiento de un género; los géneros provienen, como todo acto de palabra, de la codificación de las propiedades discursivas, pero mediante unas transformaciones específicas en cada caso que es lo que debe ser establecido.

Por lo que se refiere al discurso historiográfico medieval tal vez la transformación sea de fondo. Según P. Zumthor (1972: 241) radicaría en la existencia de un *sens* que pone en contacto pasado y futuro, creando una intemporalidad interpretativa. Recuérdese en este sentido lo dicho sobre la voluntad libresca por parte de la crónica de acceder a verdad absoluta. De ser así, y esto es lo que aquí interesa, de tratarse de una transformación de fondo, el discurso historiográfico

quedaría libre para optar por estructuras y formas externas que, prestadas o coincidentes, lo acercarán a otros discursos escritos, entre ellos los estrictamente literarios. Ya la historiografía clásica siente esa inclinación (v. G. Hinojoso Andrés, 1985). La trascendencia de su uso no dejaría, por ello, de seguir intacta. Volviendo a P. Zumthor que, quizá con las siguientes palabras, se está refiriendo a esa conexión entre discurso historiográfico y discurso narrativo desde la perspectiva de este último: «C'est là une différence de degré; mais aussi une différence qualitative: comme si, dans sa volonté de dire l'histoire, le discours romanesque se tendait jusqu'à un point de rupture, où il basculerait hors de l'histoire» (1975: 246).

El texto objetivamente narrativo incide en el *sens* de su propio contenido, por él prefigurado, mientras el discurso historiográfico constata la existencia de una realidad exterior pero con recursos, digamos, narrativos.

De hecho, T. Todorov (1978: 55) cuenta con la *narrativisation* como uno de los recursos por los que opta el discurso historiográfico para plasmar el *récit* de la acción y así informar puntualmente. En cualquier caso, y por lo que aquí se viene diciendo, ese recurso ya no cabría entenderlo como transformación específica del discurso historiográfico. Prestada o coincidente, como se quiera. La especificidad, ya se dijo, radica en una cuestión de fondo.

Ese paralelismo o contaminación entre los discursos narrativo e historiográfico tiene su razón de ser en su coincidente naturaleza de origen. En la medida en que ambas partan de la épica, son formulaciones expresadas mediante el modo referencial o representativo del lenguaje. F. Abad refiere: «Mediante los géneros épicos o narrativos el autor se hace testigo de lo existente, y da cuenta de los grandes sectores de lo real: la naturaleza, la historia, Dios. El discurso épico es el que se hace cargo de la globalidad del existir, y expone su testimonio más o menos objetivo o comprometido» (1982: 92).

La posterior diferenciación, sobre esa base y como ya se ha revisado, radica en el establecimiento de un punto de ruptura en función del *sens* intrínseco de cada práctica. El punto de partida, sigue F. Abad, es coincidente:

«La narrativa refiere objetivamente el mundo, pues crea —para testimoniar de él— un universo particular que se nos relata en sus componentes y momentos analíticos. Hallamos así representada —como ha sido dicho— una *durée*, un transcurso de tiempo y acciones» (1982: 102).

Claro está que esto no deja de ser un planteamiento categórico sobre el que cada discurso establecerá, propios o no, el uso de sus recursos retóricos. Bajo un planteamiento que entiende que «... le narratif pur est un mode fictif, ou de moins purement *théorique* ...» (G. Genette, 1978: 28), no queda otra posibilidad que acatar los modos de enunciado y caracterizarlos con sus márgenes de coincidencia y de diversificación.

En este punto hay que volver brevemente sobre una cuestión antes soslayada. Es ésta la de optar por una contemplación fundamentalmente sincrónica y/o diacrónica. Como estamos viendo, la posible caracterización de un género puede pasar por la superposición de varios en lo que A. Fowler visualiza como «... a very large and a very blunt pyramid» (1982: 152). Ahora bien, según se tome un

determinado texto exponente de un determinado género pero perteneciente a una determinada época, los rasgos relevantes con respecto al otro paradigma superpuesto podrán ser significativamente diversos. El discurso historiográfico, según se elija en sus diversas formulaciones de una u otra época, puede que sea la más fehaciente prueba. Sincrónicamente el género puede que sea un sistema de convenciones codificadas, pero diacrónicamente no deja de ser un ente cultural en continuo cambio. Si aquí vamos a intentar confrontar ciertos niveles de historicidad y literariedad en determinados textos, todo ello está en función de esa doble noción tal y como se pueda haber entendido en la coordenada coétanea de los mismos textos. Podríamos hacer nuestro el criterio de Th. Kent según el cual: «The diachronic and synchronic elements, the formulated and unformulated conventions of the literary text, function simultaneously together, and, of course, only in theory may be separated» (1986: 45).

La materia histórica, transformada en discurso historiográfico, pasa por ser un ejercicio de memoria selectiva que puede eliminar la relación de unos hechos o minimizar la relevancia de otros y, por el contrario, dignificar unos terceros. Estos últimos, convertidos en materia eje del *libro*, son aquellos a los que, como se dijo, se dota de *sens*. Hay en ese ejercicio selectivo la formulación de una *conscience historique* (M. Rus, 1986: 230) cuya formulación intrínseca difícilmente puede ser entendida, ni asumirse, si no contamos con su cronología. De la noción histórico-cultural que en el momento de la escritura más haya podido influir al interés específicamente funcional que pueda perseguir el texto, hay toda una serie de claves que basculan sobre él y que difícilmente se podrán descifrar si no se leen en función de la coordenada diacrónica. Esa lectura del fondo y de su trascendencia —del *sens*—, como modo de acercamiento al texto, puede practicarse también a la hora de reconocer la superficie del texto, la de aquellos elementos estrictamente retóricos —representativos o referenciales en el caso que aquí nos ocupa— que le permitirán el ser leído o escuchado. Si la literatura —la expresión literaria o su repertorio para ser más exactos— ofrece al historiador todo un arsenal de procedimientos que le permite preservar —*de se dérober* en expresión de M. Rus (1986: 234) hablando sobre historiografía del cuatrocientos?— la empresa del grupo destinatario del mensaje y en el que podemos imaginar incluido al historiador, también es fácil, y consecuente, imaginar que, a la hora de elegir entre aquellos, elegirá tanto en función del punto de evolución en que se encuentren escritura y retórica así como del gusto de los destinatarios. M. Rus (1986: 245-255), sobre la base documental de su trabajo, establece la constatación de una serie de registros lingüístico-estilísticos por la que pasa el capítulo historiográfico por él revisado. Registros latinizante, administrativo, magnificante, coloquial, carnalesco ... en sus textos, que, aunque se pueden encontrar en documentos de otras épocas, hay que leerlos en la clave retórico-cultural del siglo XV para ver de qué manera esa coordenada histórica supo hacer que la lengua dotara de *sens* a la relación escrita.

Y todo eso, sin anular la posibilidad de, sobre esa coordenada diacrónica, poder trazar un vector sincrónico que, transformado en repertorio de formas intrínsecas, ayude a desentrañar la naturaleza de lo literario. Entraríamos, ya, en

el momento de superación que permite la teoría, tal y como la esperaba Th. Kent en la cita antes recogida. Ese es el doble y complementario ejercicio al que podemos llegar. Pero como para ello hay que trabajar a partir de un material bastante concreto, hay otra cuestión que cabría establecer.

Sobre el esquema antes traído a estas páginas del texto literario y de la periferia literaria, de la misma coincidencia o discursos literarios y/o no literarios, habría que plantear la presencia de planos intermedios entre esos dos puntos de intersección. C. Thiry (1987: 1025-1026) diferencia entre la historiografía propiamente dicha —la que se resuelve en la escritura de las crónicas—, con un valor fundamentalmente formativo y, en esencia, vuelta sobre el pasado; y *otra* historiografía, escrita sobre una experiencia que, falta todavía de distancia temporal sobre el hecho escrito como para querer ser *memoria* —*conscience historique*—, incide en el presente cotidiano, entendido como un presente histórico continuo. Se trata, esta segunda posiblemente, de una resolución en función de una coordenada urgente, la que refleja el momento en que coincide la toma de conciencia de una identidad nacional y el momento histórico —económico, bélico, etc.— de acceso a esa identidad nacional. En cualquier caso y en función de esa autocontemplación inmediata desde la experiencia histórica, surgen formas de escritura que C. Thiry ordena y estudia entre tres categorías —proyectos a largo plazo, realizaciones puntuales, formas intermedias— dentro de las cuales tienen cabida géneros marcados por su dependencia con respecto al tiempo histórico y a la coetaneidad—crónicas anuales, memorias, diarios, biografías...—. Lo que interesa destacar de la ordenación y revisión realizada por C. Thiry es que, en la medida en que la presencia e incidencia de esa coetaneidad se acrecienta en esa fórmula que, en última instancia, documenta historiográficamente una realidad —una tensión— histórica, su formulación retórica se resuelve de una manera más y más próxima a los registros de la escritura literaria. En la medida en que determinados sucesos, de amplio impacto social, provocaron la aparición de poesía y teatro que recogían aquella tensión tal y como la pudo entender el individuo coetáneo —estaríamos preferentemente en el capítulo de las realizaciones puntuales—, por qué no entenderlos como escritura de alcance historiográfico. Y asimismo, a la inversa, si son textos con un *sens* historiográfico, cómo vamos a poder negar en esos casos ya extremos que su formulación externa pasa por una traducción a través de recursos estrictamente literarios.

Si bien este último caso puede considerarse como extremo, entiéndase, como ejemplo, el más claro, de algo ya planteado previamente. Y es que el historiador medieval cuenta, de una forma o de otra, con los recursos que, como medio de captación, sistematiza el discurso literario. Lo hemos visto anteriormente mediante nuestras propias palabras y con un mínimo de apoyaturas críticas que se consideran indispensables. Recojamos por última vez ese criterio aquí fundamental tal y como lo plantea —y no puede dejar de hacerlo por el tipo de textos que desea reordenar— el último crítico referido. C. Thiry (1987: 1033) indica la elección consciente que el historiador practica sobre unas *structures du sens* en las que vienen a coincidir atractivo y utilidad para autor y destinatario que, como se dijo,

deberían pertenecer a un mismo grupo. Ciertamente C. Thiry habla más de elementos de contenido —sucesos político-militares, religiosos, aspectos maravillosos ...— que retóricos. En ese sentido su aseveración ya no es un mero añadido o cotejo más a nuestro planteamiento. Certifica, se podría decir, la existencia de una voluntad de escritura que, proyectándose desde el interior del hecho textual, alcanzará a reflejarse en su superficie. Lo compacto de su naturaleza gana en ese sentido y obliga a considerar el texto historiográfico medieval de acuerdo con unas claves que no son, específicamente, las de otras épocas.

En este punto de la clarificación de nuestros elementos y criterios de trabajo, debemos estar ya de acuerdo en que el lenguaje escrito introduce —ha introducido, habría que decir, en el discurso textual del género y época aquí elegido como campo de trabajo— reglas extra en el discurso comunicativo, creando lo que A. Fowler (1982: 21-22) califica de «situation of literary context» y reforzando el sistema de signos, reemplazando los códigos del lenguaje ordinario. Esa sustitución, diacrónicamente contemplada, no tiene por qué conducir precisamente a la categorización sincrónica con la que hoy —diacronía de tránsito, al fin y al cabo— podamos comulgar. Si T. Todorov (1978: 22) opone historia/literatura, considerando que si el texto historiográfico se acerca a la literatura aquél está *falseándose*, es porque en ese momento el crítico está trabajando sobre textos historiográficos modernos, científicos. No medievales. Pero también es cierto que él mismo advierte más adelante (1978: 44, 45) que la literatura moderna —que no la historiografía, ciertamente— tiende a la desaparición del género —de la ordenación genealógica de los signos—, cuando cada título llega a ser una interrogación sobre la naturaleza misma de lo literario; aunque, añade, la misma transgresión supone una referencia a la ley que debe ser transgredida y en ese sentido el género sigue latentemente visible. Invertido ese juicio en función del tipo de discurso que, entendido desde su época, aquí interesa, cabe retomar lo siguiente. La historiografía medieval subvierte ese orden, manteniendo en la configuración de su propio sistema una serie de nexos —préstamos, coincidencias...— con otros sistemas, sin que por ello y para el receptor coetáneo se esté incurriendo en transgresión ninguna. El se reconoce fielmente en ese discurso para nosotros híbrido y lo trasciende en su significación última. Esto no implica que en esa formulación nosotros no podamos encontrar un eslabón genealógico previo: «The genres counted central in one historical period are not necessarily the same as those central in another» (A. Fowler, 1982: 11).

Sencillamente, a favor de una inclinación u otra, ha basculado la importancia concedida a uno de sus componentes. Interesa saber reconocer la naturaleza sincrónica de esos elementos compositivos. También, con todo, la comprensión y significación o relevancia que de ellos se ha tenido en el tiempo. Si por una parte el reconocimiento de los recursos genealógicos es importante, —«Sans doute, l'écrivain sait —à peu près— ce qu'il veut dire, mais comment il le dira, c'est ce qui dépend du genre adopté (...). Pour analyser avec quelque exactitude et pour apprécier équitablement une oeuvre d'art, il faut donc la considérer dans ses rapports avec le genre auquel elle appartient et qui en a pour une grande partie

determiné, non seulement la forme, mais le fond même» (P. Van Tieghem, 1938: 100)—, no puede evitarse el intento de comprensión desde la perspectiva psicológico-cultural del momento de composición del texto que trasciende sobre su formulación retórica. Y ya en ese punto hay que acatar la presencia del componente que hoy calificaríamos de literario en la formulación externa del discurso historiográfico medieval. Justificar su presencia en el pacto de comprensión inherente entre autor y receptor, y que de acuerdo con lo dicho puede acentuarse hasta niveles incluso extremos que si bien nos hacen estar ante textos no estrictamente históricos sí que son de alcance historiográfico.

1.2. ¿Un género para el «viaje»?

Sin llegar a esa extralimitación, la crónica catalana posterior a los cronicones medio-latinos se mueve en niveles expresivos que justifican su revisión desde la perspectiva aquí proyectada. Y téngase presente que también en aquellos se podría hacer un rastreo de estructuras bastante específico, como F. Gómez Redondo (1988) ha hecho al revisar la primera crónica centropeninsular. No se trata únicamente y por lo que ahora interesa del reconocimiento de un material legendario que venga a amenizar —y a ampliar retroactivamente— una relación que, en la mayor parte de sus capítulos, puede pecar de caer en la mera constatación o en la traslación de documentación cancillerisca. Si así fuera, la crónica catalana no apuntaría los vértices de caracterización que parecen particularizarla. Aquel no es más que un lugar común en la configuración de la retórica de la historiografía románica al que, como se dijo, se le dota de verosimilitud. Pensemos, dentro del espacio peninsular, en la inclusión de la *Lenda de Gaia* en los *Nobiliários* o *Livros de Linhagens* portugueses y de las leyendas de los Infantes de Lara y de Bernardo del Carpio en la segunda parte de la *Crónica General* alfonsí. Lo que interesa destacar es en qué medida, a la hora de formular material como ese, factible de narratividad, los textos experimentan con formas literarias sin que, para el receptor coetáneo, pueda verse mermada la historicidad del conjunto. En un trabajo previo (J.M. Ribera, 1987) he planteado muy sucintamente cómo las crónicas catalanas, trabajando intertextualmente sobre un mismo material legendario, llegan a ofrecer formulaciones de matices diferentes y que, además y quizá, están modificando el alcance o la intención última de su relación. La *Llegenda de l'emperadriu d'Alemanya* tal y como aparece y reaparece sucesivamente tratada en los documentos catalanes sería un buen campo de pruebas; en el trabajo referido, yo trabajé más específicamente sobre los episodios del engendramiento de Jaume I y de la toma de Mallorca.

Esa posibilidad, embrionariamente planteada en textos y argumentos que después cabe leer reordenados en la macroestructura de la crónica, revela una clara voluntad de estilo y una opción retórica por parte del autor. Voluntad que no va a trabajar desarticuladamente y que, desde luego, va a llevar a la cobertura global de su obra, del *libro* que desea perfilar compactamente y sin fisuras que

puedan hacer tambalear su pretendida intención. Es así como, siguiendo criterios generalizadores ya enraizados en una inicial consideración de estos textos, la crónica de Ramon Muntaner puede entenderse como un libro de memorias, la de Bernat Desclot no deja de reflejar una configuración que remite a los clichés caballerescos a la hora de presentar y desarrollar el reinado de Pere el Gran, y el *Libre* de Jaume I el Conqueridor recorre una amplia gama de registros lingüísticos que, literariamente, van del épico al intimista con que se reflejan las noches de insomnio del monarca. Incluso que, y según la parte aceptable de esos criterios, Pere el Cerimoniós mantenga no pocos de aquellos episodios y argumentos internos con una expresividad narrativa similar dentro de una estructura en siete libros en la que algunos han querido ver ya una precoz adecuación o anuncio de ordenación y distanciamiento sobre un material inventariable.

El contenido de las crónicas, múltiple como es, así pues puede optar por diversas formas de expresión según la voluntad del autor. Si de todo ese contenido nos inclinamos por aquel que, por ser geográfico y de viajes, implica una noción de desplazamiento en el tiempo y en el espacio, pudiéramos pensar que ahí el autor iba a encontrar una maravillosa oportunidad para desarrollar, mediante amplificaciones e incrementos de todo tipo, su voluntad dramatizadora y descriptiva y el receptor, recíprocamente, saciar su capacidad de asombro. De la intersección de los intereses de ambos debería surgir lo más próximo a aquello que podamos entender como literatura. Ese es, por otra parte, el truco funcionalizado sobre el que Ramon Llull construye su *Fèlix o Libre de meravelles* (h. 1288). Pero para ello y por lo que se refiere a la temática viajera constatable, hay que recurrir fundamentalmente a lo que la genealogía medieval puede haber entendido como *libro de viajes*. La crónica que, desde luego se detiene ante el episodio bélico y lo describe, que incluso se entretiene voluntariamente con situaciones remotas que gusta de reconstruir, suele pasar sobre la trayectoria del viaje ordenando topónimos y muy raramente dotándolos de una triple dimensión entre cuyas paredes la peripecia de sus héroes pudiera haber encontrado reflejos de todo tipo. Y, además, haber ofrecido información sobre las escalas y destinos del viaje mediante técnicas cercanas a la descripción y al costumbrismo. Raramente ocurre eso. Podría pensarse, de acuerdo con C. Thiry (1987: 1041), que la crónica tiene como finalidad primordial informar y, por eso, le basta con lo más puntual de la información que es el topónimo en sí y su situación entre uno y otro punto del camino o con la información más o menos topificada de aquellas tierras que, por remotas, no han quedado todavía a esta parte de los límites de lo conocido. Pero cabe preguntarse sobre otras posibles razones proyectadas asimismo desde el contexto que configura la naturaleza de la crónica. Como he planteado en un trabajo anterior (J.M. Ribera, 1989,b) el cronista puede haber sentido como coherente el utilizar una retórica narrativa, que en sus orígenes se remonta a la épica y al *roman*, para la relación de una tradición histórica cuya trayectoria es coincidente en su desarrollo. El viaje, por su parte, materia aún reciente, en no pocos capítulos aún por constatar, pudiera haber desvirtuado la configuración profunda de un documento que se elevaba con intención sacralizada y cuya historicidad tal vez desprestigiara la arriesgada inserción. Por ello, quizás,

el cronista no hiciera exacta gala de sus conocimientos narrativos y con la misma intensidad cuando desarrollara episodios bélicos o cancillerescos que cuando remitiera escuetamente a lejanas trayectorias. Pero hoy puedo plantear otra sugerencia puestos a razonar este asunto y es que es la propia naturaleza de *libro* que pretende la crónica la que tal vez merma la extensión y detenimiento que podía haber merecido la relación del viaje de forma acorde con la que —al cronista, a la crónica y a su posible mentor— merecieran los otros niveles compositivos del texto. Entre éstos, los primordiales ya referidos —legendario, bélico y cancilleresco, también el cortesano— en el momento en que acceden a la crónica son ya materia pasada— bañada y constatada en su función histórica por el tiempo, como se acaba de decir—, factibles coadyuvantes del *sens* histórico perseguido. La empresa viajera, por su parte, no es solamente materia en exceso inmediata sino que, en su función histórica, tocada todavía de una rabiosa actualidad y, por ende, de no pocas implicaciones político-internacionales y económicas que, tal vez, no interesa desvelar. Por eso su información pasa al nivel de la relación oral o, en su caso, al documento estricto que deberíamos reconocer como *libro de viajes* y cuya proyección hay que entender como diversa de la que el propio mundo medieval espera para la crónica.

Se trata, así pues y en todo caso, del establecimiento de unos marcados espacios genealógicos configurados bajo la distribución de materias o contenidos y su calibrada forma de exposición. Jamás pensemos que el *vacío* que en ese sentido ofrece la crónica lo sea porque las gentes implicadas en los círculos donde se proyecta la escritura historiográfica no muestran interés por dicha información. Con anterioridad (J.M. Ribera, 1989,a) he intentado dar forma a un espectro cortesano que, como receptor, se muestra ávido del consumo oral y leído de todo lo que concerniera a peripecias y geografías lejanas y exotistas. Por los documentos ordenados por A. Rubio i Lluch (1908, 1947) sabemos la ansiedad con que se esperaba celebrar «col. loqui» con recién llegados de distintas tierras y de la urgencia con la que se reclamaban originales y traducciones de las más importantes relaciones viajeras.

La crónica, por su parte, reduce sensiblemente ese nivel compositivo y, en ese sentido, se merma a si misma histórico-literariamente en la proyección de uno de sus posibles vértices narratológicos. Véase, con respecto a la relación crónica-novela en función de los elementos de la construcción literaria, la revisión de L. Badía (1987). Por lo que aquí se plantea, si tanto las batallas en que participa «Curial» como los movimientos de «Tirant» en la corte —y viceversa, el «Tirant» estrategia y el «Curial» en trance de cortesano— pueden leerse en una trayectoria evolutiva que remite a la relación bélica y palaciega de las crónicas, la expresión de sus periplos es mucho más tridimensional que la que en ellas idearon monarcas y realizaron sus capitanes. Con certeza, y en ocasiones, para conducir a finales de etapa igualmente planos —del trayecto no se destaca tanto la ambientación de los puntos de partida y llegada, sino la tormenta o el ataque corsario acontecido en alta mar— o para escabullirse mediante tretas ya abiertamente literarias. Ya sea el caso de la relación libresca, ya sea el de la mixtificación espacio-temporal como, en reciprocidad, ocurre con el doble caso de «Curial»-

Atenas y «Tirant»-Constantinopla tal y como lo he revisado en otro aporte a esta investigación (J.M. Ribera, 1989,c). Sólo añadir que, de los títulos más significativos de la narrativa catalana del cuatrocientos, es la anónima *Història de Jacob Xalabin* (p. s. XV), texto mixto si no híbrido, el que ofrece, mediante una estructura narrativa breve, la más encajada superposición de elementos próximos al *libro de viajes* sobre recursos que, en el mismo texto, tanto se deben a lo historiográfico como a lo novelesco. El viaje de «Jacob Xalabin» y su compañero «Alí Baxà» proyecta sobre el factible receptor occidental una descripción tridimensional del imperio turco bien sazónada de elementos antropológicos que a su vez actúan funcionalmente en el desarrollo realista —lógico— del argumento.

Se trata, por tanto, de entender un ritmo evolutivo en la escritura en prosa de corte crecientemente narrativo. Crecimiento que se desvelará en la medida en que se sepa percibir el pulso del lenguaje estrictamente denotativo en que están escritos los diplomas cancillerescos y los documentos reales o personales —lo que fue punto de partida de este trabajo— y el aliento crecientemente connotativo que debía haber impulsado la crónica —relación en el tiempo, discurso diacrónico— y que sólo lo hizo de forma relativa, al menos al tratar la materia del viaje. La limitada práctica que, por cierto, en ese nivel compositivo presenta la crónica a la hora de insertar el periplo en un contexto que sea tridimensionalmente tangible mediante la utilización de todo tipo de incrementos narrativos —los que sí utiliza para describir un torneo o narrar una intriga cortesana— es lo que me obliga a que, con la crónica, nos veamos obligados a practicar un ejercicio contrastivo paralelo al previamente realizado entre diploma cancilleresco y crónica. Quiero advertir que, esto, con la confianza de instalarse en una constatación de ritmo creciente, favorable cada vez más al logro de la contextualización tridimensional. Aunque en ocasiones, y deseo advertirlo igualmente, la crónica e incluso el diploma —la excepción confirma la regla— puedan sorprender. Véase al respecto lo que ocurre con la documentación respecto a Djerba, sobre la que volveremos después, tal y como la he revisado e interpretado (J.M. Ribera, 1989,c).

El referido ejercicio ha de ser practicado con lo que se reconocería como *libro de viajes* y, en su caso, con la novela. La novela cuatrocentista acata unas fórmulas mientras que desarrolla —o evoluciona— otras, y la historiografía, con documentación que remite al doscientos y al trescientos, sistematiza lo que la novela vendrá a respetar y opta por no magnificar narrativamente la materia que debía disponer de otro género específico para ser desarrollada y desde el cual no podría contaminar el halo sagrado que envolvería a la crónica. Ese género, el *libro de viajes*, será, genealógicamente hablando, periferia de la periferia por lo que se refiere a la existencia de los citados «parents non littéraires» o «neighboring forms»; incluso realización puntual según la caracterización recogida de C. Thiry. Su estudio de contraste con los géneros próximos, con toda seguridad de resolución más rotunda, debe revertir en el reconocimiento de los recursos de una retórica que puede y sabe ir de lo informativo a lo descriptivo. En ese sentido, además, se jalona otro escalón en la evolución narratológica.

2. UN PERIPLO TEXTUAL

2.1. El diploma cancelleresco, punto de partida

La noción de *viaje* en la coordenada medieval y para una nación de impulso expansionista marítimo como la confederación catalano-aragonesa, se mueve en dos niveles que seguramente implican dobles registros. Un primer nivel práctico, concreto, movido por el aliento colonizador y que combina el inevitable componente bélico con el comprensiblemente comercial, comenzando por el cabotaje y llegando a la piratería. Mediante esa práctica, la primera, se va solucionando el problema del abastecimiento y, a su vez, se van almacenando las mercancías que en el puerto siguiente o de regreso a la patria permitirán pingües ganancias. La piratería, justificada en la enemistad política, revierte en consecuencias semejantes. Un segundo nivel, de indagación más libresca o de información menos sistemática —no debida a las expediciones que van y vienen por el Mediterráneo sobre una infraestructura propia lo suficientemente sólida, sino a la relación oral de viajeros esporádicos que, de tiempo en tiempo, regresan de otras tierras— desvela el interés del espectro catalano-aragonés por el *más allá* de la época. Es esa una información fascinante y perseguida que se desea escuchar o, posiblemente, ordenar en las bibliotecas reales.

A ese doble aspecto de una materia coincidente me he aproximado tratando fundamentalmente sobre documentos cancellerescos (J.M. Ribera, 1989,a). Y existe, quizá y correspondiéndose con esa doble intención, un parejo registro expresivo que transmite en esencia la intención última de lo escrito. Para el primer nivel, una expresión puntual que da rendida cuenta de un mundo realistamente aprehendido por el autor y el texto que nos lo refieren. Para el segundo, un tono interrogante que late ante nombres misteriosos como la tierra de Preste Juan. El primero, por específico, conducido por su finalidad, limita la información espacial. Esto, con contadas excepciones como la del panegírico que en documento de 1380 (A. Rubió i Lluch, 1947: dipl. CDIV) realiza Pere el Cerimoniós sobre la Acrópolis ateniense. Y el segundo, por indagante, nos debería ofrecer la relación de las noticias recibidas ya sea mediante transmisión oral del viajero recién llegado o mediante el logro de la copia ansiada. Logrado lo uno o lo otro, quedará en el conocimiento o en los fondos bibliotecarios del receptor. En cualquier caso, fuera del texto que advierte sobre su existencia.

La crónica pudiera haber sido la macroestructura —repitamos, el *libro*— que hubiera recogido toda esa materia e, interseccionándola, la hubiera podido desarrollar tridimensionalmente en su texto. No siendo así, esa posibilidad tendrá que buscarse en la constatación del *libro de viajes*. Deshagámonos en cualquier caso de la construcción en condicional y futuro y pasemos ya a contemplar cómo, y a pesar de todo, aparece esa materia en la documentación historiográfica. Eso en primer lugar. Y después, cómo se reformula en el género específico. Una última cláusula como punto de partida, la de intentar movernos en la constatación de ese doble nivel a la hora de entender la noción de viaje y de espacios lejanos en una geografía que no sea, desde luego, la nacionalmente catalano-aragonesa

ni siquiera, con alguna excepción, la más cercana, así la peninsular y la inmediatamente norte-pirenaica. Las citas y referencias que a partir de ahora se darán de los textos motivo de estudio, ofrecen el número de página, en el caso de las crónicas, de acuerdo con la edición de F. Soldevila, y a continuación las siglas LF, CBD, CRM, CPC que responden respectivamente a los textos del *Libre del Feyts* de Jaume I y de las *Cròniques* de Bernat Desclot, Ramon Muntaner y Pere el Cerimoniós. Para los otros textos con los que, más adelante, se contrastarán estos últimos, utilizo las siguientes siglas, precedidas del número de página: LEB para el *Libre de Evast e Blanquerna* de Ramon Llull, edición de S. Galmés, y VTS para el *Viatge a Terra Santa*, de Joan Rovira de Montblanch, edición de J. Pijoan.

2.2. Espacios y paisajes en las «cròniques»

La crónica raramente modifica la forma en que el registro cancelleresco refiere espacios geográficos y la trayectoria que a ellos o desde ellos conduce. Del lugar, a lo más, se informa sobre su producto comercial más importante o se dan arriesgadas etimologías o significados del topónimo. De la trayectoria entre dos o varios de ellos se dan las jornadas y las leguás, la información puntual que puede resultar provechosa para próximas empresas. Lo que ocurriera entre ellas, las posibles impresiones del viajero-expedicionario se reducen casi a cero, con las excepcionales vías de reconsideración al respecto que después se intentará destacar. Ante este panorama bastante compacto en la retórica cronística es arriesgado esperar dar con la presencia de incrementos descriptivos y dramatizadores que a su vez den pie a una configuración más literaria. El espacio geográfico va viéndose desprovisto de puntos referenciales que lo doten de tridimensionalidad a medida que su geografía va siendo más distante. De ciudades del ámbito nacional suele llegarse a dar nombres de puntos concretos —puertas, calles, arrabales—, rasgo que decrece aceleradamente a medida que la escritura se aleja de ese eje de acción. Sólo ante una ciudad cuyo conocimiento puede estar altamente topificado —Roma, por ejemplo— se puede hacer referencia a algún punto concreto de la urbe. Pero eso es todo. Y ese rasgo va perdiéndose a medida que la distancia del topónimo aumenta. Esa es la tónica general que prefigura una función del topónimo, la de denominar un punto geográfico. La otra, derivada de ésta, es la de servir de referente de un personaje, indicando su lugar de origen, referencia funcional de la que difícilmente se puede esperar tampoco ninguna ampliación literaria. Ya sean caballeros de «Anglaterra», de «Alemania» o de «l'Imperi», o de «França», ya sean monarcas de «Marrocs», de «Egipte» o de «Babilònia», o de «Tunis».

Ante este primer planteamiento, sobre la limitación que de entrada ofrecen los textos, cabe una reconsideración. El cronista que trabaja sobre material previo, difícilmente podrá puntualizar espacialmente —añadir o adornar mediante incrementos de cualquier tipo— a no ser que se lo ofrezca la propia fuente o que, por tratarse de lugares cercanos a su propia experiencia, él pueda añadir detalles de cosecha propia. Esta aportación será difícil cuando se trate de

geografías más extremas a no ser que, también allí, llegue la experiencia del propio cronista. Esta es la hipótesis ante la que se abre la escritura de Ramon Muntaner. Si no es así, extrañamente podrá el cronista que no se haya movido espacialmente al compás de la historia de su nación *espacializar* su relato cuando éste, por ejemplo, se aleje Mediterráneo adentro. Si no se da la experiencia, sólo cabe la escueta denominación o la repetición de la fuente y no sólo por lo que a contenidos se refiere sino a registros narrativos.

Cuando Bernat Desclot traslada su texto al citado «Imperi», a «Alemania», de ésta no se dice otra cosa que «... *molt llonga terra*» (p. 416, CBD) era, añadiendo el nombre puntual de la ciudad donde se desarrollará la acción, «Colunya» o Colonia. Falsas expectativas despierta la advertencia de que la acción discurrirá «... *segons costuma de l'Emperi*», «... *segons la costuma de l'Emperi*» (pp. 415, 417, CBD). El argumento de estos episodios —estamos ante la *Llegenda de l'emperadriu d'Alemanya*— discurre cumpliendo con todos los tópicos del enredo trovadoresco que, intencionadamente confundido por los «llausengers», ha de resolverse caballerescamente y para lo cual «el comte de Barcelona» —viajero en tierras germanas— pide a «l'emperadriu» la prenda que le justifique como caballero suyo y así poder actuar. La advertida «costuma» del imperio pasa por un código supranacional y su advertencia no se convierte en motivo para relatar posibles hábitos cortesanos propios de aquellas tierras. El cronista trabaja sobre un material legendario previamente romanceado, traído a su texto para justificar las pretensiones catalano-aragonesas sobre Provenza. En ese sentido, y por lo que aquí interesa, Bernat Desclot no espacializa su relato de forma diversa a como lo hiciera su fuente. Ningún tipo de experiencia, además, podría permitirsele. El cronista remite a registros lingüísticos ya establecidos, de aliento narrativo ciertamente, pero a los que no interesa por ejemplo la ampliación de corte costumbrista o descriptivo. Su escritura, en este sentido, no supone, por no buscarla, una progresión. Se basa en las fuentes.

Si buscamos otra base ésta sería la referida de la experiencia. Sobre ella se cifra otra posibilidad de escritura que vaya gradualmente abriéndose a ese doble ejercicio. Ramon Muntaner puede gustar del alarde o de la rigurosidad a la hora de trasladar al catalán léxico de las tierras por él visitadas cuando no considera oportuna la traducción. Así en lo referente a cargos y títulos cortesanos, lo cual puede incidir exotísticamente en el texto. En esa línea, también documenta algunos hábitos y formulismos áulicos. Por ejemplo de este tipo:

«E li tramès («l'emperador» a «frare Roger») la verga del megaducat, e la senyera e el capell; que tots los oficis de Romania han capell triat, que altre no gosa portar semblant capell d'aquell» (p. 847, CRM).

Por esa vía que va tendiendo al antropologismo —así la referencia del mismo Ramon Muntaner a los hábitos de los alanos (p. 866, CRM)— se avanza hacia un cierto descriptivismo que puede, incluso, ser utilizado para unos mínimos de dramatización. De «Constantinoble» o «Bizanci», donde tendrán lugar no pocas de aquellas ceremonias, se hace referencia concreta a «... *lo palau de Blanquerna*» (p. 848, CRM) o palacio de los emperadores, y recuérdese como se dijo que no

suelen nombrarse puntos concretos de las ciudades lejanas. Ramon Muntaner describirá además el Bósforo, contemplado tal vez desde el palacio imperial (v. J.M. Ribera, 1989,c): «... *un braç de mar al mig, qui no ha d'ample dues milles*» (p. 848, CRM). Incluso allí parece tener lugar la expresionista imagen de los refugiados de Anatolia, perseguidos por los turcos y abandonados a su propia suerte por los griegos (p. 850, CRM). Aún en aquella geografía, Ramon Muntaner vuelve a su incipiente descriptivismo al mirar sobre el cabo de «Gal.lípol» o Galípolis. Nos da su extensión por largo y ancho, de lo que parece chocarle como «... *de cada part lo resingla la mar*», lo que semeja convertirlo —además de por otras virtudes— en el más bonito cabo del mundo: «... *lo pus graciós cap del món, així con ha de bons pans, e de bons vins e de totes fruites gran abundància*» (pp. 854-855, CRM), poblado de castillos y ciudades. Y ahí yo diría que ya no sólo habla el estratega.

Estos atisbos que descubren además la implicación del autor en el pasaje, quizá donde mejor se definen es en los pasajes referentes a «Gerba» o Djerba, isla de la que el cronista ha sido «capità». Como tal conoce su importancia y detalles estratégicos y gusta de transmitirlos con un tono que implica además premdamiento. Si por una parte puede advertirnos asépticamente sobre «... *una illa qui ha nom Gerba, qui era del rei de Tunis*» (p. 774, CRM), rápidamente se explaya explicando su principal característica, el istmo de arena que la une con el continente —«... *E no cuidets que de tot sia illa, que tant és prop de la terra ferma...*» (p. 775, CRM)— y explica lo que ello, junto a otras peculiaridades, supone para su jefe militar:

«Per què és mester que tot hom que sia capità de Gerba haja quatre ulls e dues orelles, e que haja lo cervell segur e ferm, per moltes de raons» (p. 775, CRM).

Además del detalle geográfico y militar, está —expresado en un registro coloquial que desvela inmediatez— el deseo de dar cabida a la propia experiencia en aquel espacio y de transmitirla de modo que convenza. Así, el espacio de Djerba comienza a cobrar vida mediante el registro lingüístico de su presentación, en este caso gracias a un toque de oralidad y de coloquialismo. Ese espacio se va llenando además con la referencia a puntos concretos como sus «castells» o, de nuevo, el «... *pas de l'illa, qui és entre la terra ferma e la illa*» o a sus pobladores, «... *bones gents d'armes*» divididas en bandos de los que se nos dará puntual información (p. 889, CRM). Esa información de la idiosincrasia de aquéllos, cobijada ya en aquel entorno, suena quizás más cálida que la de Bernat Desclot al hablarnos de la magnanimidad de los naturales de «Egipte» o «Babilònia», recordada por el «rei Carles» al saber cómo se le dejó marchar a pesar de sus intenciones (p. 451, CBD). Ramon Muntaner parece implicado en su isla. Sabemos que será buen capitán para disputarla, entre otras razones, porque «... *sabets de sarrain e parlar sarrainesc*» (p. 892, CRM) según afirmación del rey. Con él, el lector de la crónica *entrará* en el castillo y conoceremos la disposición defensiva del entorno (p. 893, CRM). A medida que esa experiencia va avanzando, el cronista cuenta pormenores de incidencia ambiental más que política. Así la sorpresa de los caballos ante los camellos y cómo se logró

—poniendo a comer un camello entre cada dos caballos— que éstos se habituaran a su presencia (p. 895, CRM).

Esos apuntes son ya colaterales a la constatación de sus triunfos como estratega y administrador con aciertos como el de repoblar la isla, repoblación que se traducirá en mayor pago de impuestos a su señor. Con todo ello, en cualquier caso, se configura un espacio que trasciende de forma distinta y al cual el propio Muntaner decide trasladar a su esposa (p. 896, CRM). Con ella, personaje externo a la experiencia del autor, también el lector, igualmente extranjero, podrá acceder a la isla del golfo de Gabés. Sólo quisiera recordar que lo que todo ello supone de acertada aportación a favor de la configuración narrativa de un espacio tridimensional, encuentra también su formulación —curiosamente y tomando también a Djerba como geografía experimental— en el caso de determinados diplomas cancillerescos y documentos reales que he tratado en otro lugar (J.M. Ribera, 1989,c). En ambos casos creo que la función rememorativa es determinante.

Y esto, y volviendo al hilo de lo expuesto, que pudiera parecer poco, es mucho comparado con lo que ocurre en las otras crónicas y, por lo general, con el propio Ramon Muntaner. Como ya advertí en un trabajo antes citado (J.M. Ribera, 1987), y añadiendo ahora las excepciones especificadas, el cronista que en esos casos se esboza como memorialista suele renunciar a cualquier información que no sea de incidencia bélica o diplomática. Cuando con su texto no ha de justificar nada que importe para esos fines, el tiempo de la narración suele saltar sobre esos *vacíos* de actividad. Entonces, el cronista no describe las actividades ni las vivencias tenidas en esos lapsus de actuación profesional. Lo que en esos periodos le haya podido ocurrir o haya podido ver es algo que a nosotros nos interesaría para conocer su relación con el medio y su sorpresa ante él, pero que para nada interesaba al devenir histórico-político de su nación o, como se ha dicho, era aún materia que no debía entrar en la crónica. Por tanto no lo relaciona por escrito. Djerba es la excepción y lo practicado con respecto a Atenas y Constantinopla nos puede dar la prueba (v. J.M. Ribera, 1989,c).

La existencia o la falta de experiencia implícita del autor en la materia narrada es un primer elemento de cotejo. Un segundo, pudiera ser el de la perspectiva histórica sobre las diversas geografías incluidas en los textos. Ya se ha dicho, y con ello casi se está liquidando esta hipótesis, como una u otra —más cercana culturalmente, más lejana por distancias de todo tipo— aparecen nominalizadas nacionalmente para especificar el origen de los personajes. Y poco más, o casi nada más. Podrían razonarse los mínimos diferenciadores pensando en que la geografía continental europea se considera históricamente próxima si no coincidente. El lector catalán puede reconocerla —y reconocerse— con su simple referencia. La conocida comparación geográfico-lingüística de Ramon Muntaner (p. 691, CRM) así permite preverlo aunque también es cierto que con la misma naturalidad con que habla de «França», «Anglaterra», «Alemanya», «Itàlia», habla de otras geografías más alejadas. Antes de pasar a esta segunda, indicar cómo esa geografía europea puede mover otro tipo de escritura —no esta inmediata, ni la que nos documentó Bernat Desclot— cuando también experien-

cia y además urgencia justificatoria perfilan el texto. Es el caso del *Viatge del Vescomte Ramon de Perellós i de Roda fet al Purgatori de Sant Patrici* (1397). Pero éste ya no es una crónica. Es un diario de viaje de validez probatoria, previo al viaje a ultratumba que salvará al autor de las hipotéticas implicaciones en el magnicidio de Joan I. El autor cuenta su desplazamiento real hasta «Hibèrnia», Irlanda, pasando por Francia e Inglaterra. Pues bien, para justificar la realidad de ese viaje, el autor-personaje traza un sendero lleno de referencias y detalles, incluso de opiniones, reacciones y claves propias que deben certificar la realidad del viaje. Sobre este texto, no obstante, volveré al final de estas páginas.

Aquel prisma, en cualquier caso, debería ir modificándose a medida que la dinámica histórica catalano-aragonesa nos adentrara en otras geografías más distantes. Su venida al texto podría añadirle un atractivo componente exotista. Téngase presente, con todo, que la relación historiográfica se hace a posteriori, con bastante dilación con respecto al momento de la empresa; en ese sentido, mucha de esa geografía en su momento lejana ya ha sido político-culturalmente asumida. Eso puede hacer también que su presencia en el discurso para-narrativo de la crónica no varíe, curiosamente, un ápice del tono con que aparece en el escueto e inmediato documento cancilleresco ni con el que, según lo dicho, aparecía la geografía continental. El caso del genérico «Romania», tal y como se presenta en el último texto señalado de Muntaner, pasa por ese ejercicio. Se nos aclara la distribución administrativa del concepto geográfico-político-«Morea», «Arta», «Blaquia», «Salònic», «Macedònia», «Natoli» o Anatolia y «... d'altres provincies moltes»—. Todos esos «... grecs qui son de l'emperador de Constantinoble» forman la «Romania», sinónimo de denominaciones como «l'emperi grec», «l'emperi de Constantinoble» y a su vez de «Grècia». Ese es un mundo que gradualmente —y formalmente desde la fundación de la «Companyia Catalana» (1303-1460)— va siendo incluido en el ámbito de las referencias del espacio catalano-aragonés. Hay allí ducados o colonias repobladas por compatriotas —«ducat d'Atenes», «de Teves» o «Estives», de «Neopàtria» o «Pàtria»—. Su presencia en los textos sólo se aviva cuando la experiencia del cronista ha pasado por ellos y trae a sus páginas voces de aquellas tierras. Pero esa es una vía que aquí ya se ha revisado bajo la primera perspectiva del estudio. Otra cosa es cómo esas geografías pueden aparecer en el discurso plenamente narrativo, de ficción, mediante técnicas también citadas como la mixtificación del *Tirant lo Blanc* o el engranaje realista que late en *Història de Jacob Xalabin*. Pero estos ya son precisamente otro tipo de texto.

En el texto historiográfico esa retórica estricta y únicamente nominalizadora no varía ni para referirse a tierras que quedan fuera del círculo de actuación. Siguen siendo, a lo mucho, «regnes» o «realmes» que, ubicados en el oriente, se hallan en la proyección de las propias rutas. El cronista, por método o por escrúpulo, quizá por eliminación de tipo genealógico, no incluye la información oral que sobre aquellas tierras llega a su medio, lo que veremos que sí que hace Ramon Llull. Elimina de su escritura el nivel fabuloso que ello implicaría; lo que no ocurre —recuérdese a Desclot— cuando se trata de tradiciones occidentales pues aquí se halla en la aquiescencia de la propia mitología. No cambia de criterio

ni siquiera cuando se refiere a lugares que se encuentran en dirección opuesta a esas asumidas rutas. Más al sur de la geografía norte-africana puntualmente conocida, se extienden otras tierras como «Ginoua», «Guinova» o Guinea de la que hay que decir «... *qui és de migjorn*» (p. 410, CBD), puntualización que ciertamente destaca tras haber trazado un exacto pero sucinto mapa mediante los puntos de referencia conocidos del Africa mediterránea. Pasando ya al Atlántico, Pere el Cerimoniós habla de ofrecer «... *ajuda per lo passatge que entenia a fer en les illes Perdudes*» (p. 1091, CPC) un castellano desheredado por su rey; hay en esta referencia a las Canarias un tono de impulso expedicionario que no se encuentra al anunciar las idas y venidas a otros lugares, pero ningún elemento de la configuración libresca que sobre ellas se había ido haciendo mediante diversas noticias, ya fueran de Plinio, de San Isidoro o la leyenda de San Brandan. Conectando, seguramente, con el conocimiento directo que se tiene del archipiélago gracias a las expediciones mallorquinas desde 1342 y a las anteriores de genoveses y portugueses, en la afirmación del monarca sólo subyace un hábito expansivo (v. F. Soldevila, 1925,b, A. Rumeu de Armas, 1964).

Ahora bien, lo que en el caso de las islas Canarias el cronista, ahora Pere el Cerimoniós, no ha querido utilizar —la cultura libresca— es lo que, de existir, abre una tercera posibilidad a la hora de revisar la configuración literaria del espacio geográfico en la crónica. Debe haberse dado en esa posibilidad una tentación del autor por el alarde, dígame, enciclopédico. Ese juego, comprensiblemente, se hace mediante una doble fuente, las Sagradas Escrituras y el eco del mundo greco-latino con el que el explorador conquistador confirma sus lecturas occidentales al alcanzar el levante mediterráneo. De la primera hay préstamos fuertemente topificados: «... *los fills d'Israel*» (p. 470, CBD) o «... *lo poble d'Israel*» (p. 712, CRM), ocupantes históricos de un país que, ahora y bajo el espíritu cruzado, pasa a ser «... *la sancta terra d'Ultramar e el Sepulcre*» (p. 166, LF). Igualmente topificada es la referencia a las bíblicas Sodoma y Gomorra, traídas al texto como ejemplo de perdición (p. 929, CRM; pp. 1072, 1108, CPC).

Pero lo más interesante es cuando la fuente sirve para naturalizar una ciudad todavía existente, un lugar en el que se va a desarrollar un episodio concreto que el cronista desea magnificar. Este es el caso de «Recrea», a veinticuatro millas de «Constantinoble», ciudad «... *és aquella on Herodes estava, qui féu matar partida dels Innocents*» (p. 858, CRM). Es significativa esta referencia porque «Recrea» o Heraclea preside el golfo en que se ubica «Rodristó», donde tendrá lugar la matanza «... *de catalans e d'aragoneses*». La muerte de aquellos dejará la superficie del mar salteada de imperecederas manchas de sangre coagulada, imagen impresionista que trasciende el registro legendario cuando Ramon Muntaner indica que los marineros se llevan muestras como reliquias y que él mismo «... *de la mia man n'he colleta*» (p. 859, CRM). Espectáculo que una vez más nos pone excepcionalmente en el objetivo empírico e impresionado del viajero. Pero que, además y mediante la analogía libresca, emparenta a unos y otros mártires. Ahí hay un consciente y buscado cruce entre referente e intención literaria.

Cuando se recurre a la otra fuente antes señalada, las referencias se retrotraen a tiempo y espacio homéricos. Pero es interesante que el cronista los rescate cuando es consciente de estar surcando la misma geografía del ancestral épico. Hay, otra vez e indirectamente cifrado, un nuevo cruce entre la impresión del viaje y las lecturas del autor. Ramon Muntaner recreará la historia de «Troia», Troya, describiéndola tal y como era «... *en aquell temps*» y resumiendo lo sucedido, conectando ciertamente con las historias troyanas medievales (p. 857, CRM). En ambos casos, la literatura piadosa o legendaria da forma y trascendencia a una impresión vivida por el cronista viajero.

Todos estos recursos que he intentado ejemplificar y reconsiderar aquí, constituyen el repertorio de formas con que el cronista formula la noticia de un viaje o en su caso de una geografía lejana. Se trata, inevitablemente, de un relato muy detenido o frenado en su dinámica narrativa. Relato o meramente noticia que sólo podrá vivificarse mediante la participación directa del autor en la experiencia relatada. Eso me ha permitido (v. J.M. Ribera, 1989,b) dividir ese escueto repertorio en dos apartados —información previamente topificada en las fuentes del cronista; información previa compensada por la experiencia del cronista o estrictamente proveniente de ella— que intentan aproximarnos con mayor exactitud a la constatación de los elementos con que se ha jugado así como a su propio alcance. Ese repertorio, en cantidad y en profundidad, debe agrandarse por lógica en el *libro de viaje*.

2.3. Modelos, retazos e hipotéticos «libros de viajes»

Si ciertamente el espectro catalán se muestra imbricado en lo que se podrá denominar *cultura medieval del viaje* —desde la producción cartográfica al seguimiento de posibles informantes venidos de lejanas tierras, pasando por la subvención oficial de no pocas empresas no únicamente comerciales—, capítulo importante en ese sentido es el del interés por y conocimiento directo de los títulos que se pueden reconocer como modelos del *libro de viajes* para el mundo románico, más aún, de la retórica en que se ha de formular la relación del viaje. El de Jean de Mandeville es insistentemente pedido por Joan I al rey francés y a la duquesa de Bar (A. Rubió i Lluch, 1921: docs. 233, 238), cuando «... és encara una novetat literària» como advierte Ll. N. d'Olwer (1926: 161). Del texto de Odorico de Pordenone se conserva, en la Biblioteca de Catalunya, una «versió compendiada» de acuerdo con la presentación debida a P. Bohigas (1922); documento que hay que acatar como reflejo de una difusión más amplia y no como una específica constatación probatoria, si atendemos a otros documentos ordenados por A. Rubió i Lluch (1908: docs. 274, 293, 296, 326). Igualmente se dispone de una traducción del texto de Aitò de Gorigós, con el título *La flor de les històries d'Orient* y del siglo XIV, recientemente publicada por A.G. Hauf. Todo ello sin olvidar la versión catalana de los viajes de Marco Polo, documentada en la segunda mitad del siglo XIV, ya adquirida para Pere el Cerimoniós (A. Rubió i Lluch, 1921: docs. 173, 180).

Pero no se trata aquí tan sólo de constatar ese conocimiento, por otra parte ya

rigurosamente estudiado. Lo que puede interesar de acuerdo con inmediatas intenciones es cotejar el manejo que en el espacio catalán y en catalán se va a hacer de la retórica allí leída. A. Gallina (1958: 18), editora de la referida versión catalana del texto de Marco Polo, advierte que en un determinado punto del texto —los capítulos LIX y LXXIII— el traductor superpone la información al respecto de Polo y de Pordenone. Esa *libertad* puede estar suponiendo el reconocimiento por parte del anónimo versioneador tanto de la complementariedad —según su criterio— del contenido de ambos textos, como de unas estructuras mutuas y de unos registros lingüísticos en los que se reconocen aquellos mismos. La retención *in mente* de ese *módulo* esencial es la que debía canalizar, además, la contemplación del factible viajero a lejanas geografías y mediatizar su expresión si, de regreso, decidía o tenía la oportunidad —en ocasiones, la obligación según mandato real— de contar o transcribir la relación de su viaje.

De esta manera se pueden imaginar los hipotéticos relatos de viajes que hoy no tenemos documentados. Los de embajadores reales, de Jaume d'Alerig enviado por Jaume I en 1269 ante la presencia del khan de Persia, o de Pere des Portes en 1293 y Pere Solivera en 1300, mandados igualmente a Persia por Jaume II. Bajo idéntica hipótesis se podría imaginar el aún más indocumentable relato del viaje que el propio Jaume I podría haber ofrecido si sus intentos cruzados de rescatar Tierra Santa hubiesen llegado a buen puerto. De sus dos intentos (Ll. N. d'Olwer, 1926: 23-24), el que se llegó a poner en marcha, zarpando de Barcelona el cuatro de septiembre de 1269, sólo se encontró con una fuerte tempestad a la altura de Mallorca que hizo regresar al monarca a la costa catalana el día trece del mes siguiente, mientras que parte de las naves llegó a Asia y otra se refugió en Cerdeña. Parecía castigarse así la relación del rey con Berenguera Alfonso, motivo por el cual el papado ya había rechazado, en 1266, sus servicios, puesto que Cristo no podía recibirlos de quien le crucificaba con sus pecados (v. J.F. Michaud, 1848: 267-268). Nada impide imaginar favorablemente y no obstante lo que hubiera sido el relato de ese viaje si se conoce por su *Libre dels Feys* la capacidad expresiva del rey para transmitir como narrador el acceso a una geografía largamente añorada y para reflejar las impresiones y recelos íntimos ante situaciones inmediatas. Pienso en los episodios del desembarco y toma de Mallorca así como en las noches de insomnio y cavilaciones por parte del monarca. Tampoco fue posible la visión de Tierra Santa por parte de su hija Sança que, ella como peregrina en 1272, si alcanzó su destino donde, anónimamente vivió y murió cuidando enfermos en el Hospital de San Juan de Jerusalén.

Sin embargo el que pudiera haber sido el documento catalán más significativo tendría que haberse debido al fraile menor Jeroni de Catalunya. En Constantinopla en 1317 y en 1323 ó 1325, después de haber residido en Morea y entre 1300-1310 como ministro provincial de la Romania, fra Jeroni, consagrado obispo sufragáneo de la China y actuando como tal en el concilio de Vienne du Delfinat (1311), estuvo en la Gran Tartaria y en la Tartaria septentrional, deduzco que entre 1318 y 1323 por las fechas que da Ll. N. d'Olwer (1926: 123-124, 160-161) que, a la información aquí recogida, añade que «... és deplorable que res no sapigem de l'estada de fra Jeroni a la Xina».

Perdida esa posibilidad, otra giraría en torno a las diversas delegaciones diplomáticas —comerciales y artísticas— catalanas que entraron en contacto con el reino del Preste Juan, una vez ubicado éste en Abisinia. Al respecto pueden verse las referencias de F. Soldevila (1925, a: 434-437) y de Ll. N. d'Olwer (1926: 217-221). De todas ellas la que aquí interesa es la promovida por Alfons V, en 1428, en contestación a una propuesta de alianza contra Egipto. La cancillería redactará el *memorial* sobre el recorrido, finalidad y obligaciones del viaje y de los embajadores. Entre otras, fijarse e informar sobre la producción agrícola, fertilidad de las tierras, la vida de los pueblos, etc. Ahí hay, entiendo, una propuesta oficial de que se redacte un *libro de viajes* o, como se ha escrito, se cumpla con una precisa empresa de espionaje. Lo cual, recuérdese, no parecía tener lugar en la crónica y, por lo que se refiere al diploma cancelleresco, no podía más que conducir a una fría constatación de hechos.

En cualquier caso, esto me confirma en la tesis de que existía una doble, y hasta triple, opción de escritura para la rememoración del viaje. Todos esos viajeros, puestos a formalizar por escrito la relación de sus periplos —si las realizaron, si las hubieran realizado— habrían elegido conscientemente entre los patrones retóricos de que disponían. La elección dependería de la finalidad o utilidad de su información: para certificar el cumplimiento de unos hechos, el diploma; para recrear un marco histórico, la dosificada información que trasciende a la crónica; para informar más ampliamente y transmitir la experiencia del viaje, el *libro de viajes* o, en su caso y oralmente, el *col. loqui*.

Instalados en ese último caso y puestos a escribirla, los recursos y estructuras expresivos y narrativos están estipulados y el factible redactor de un *libro de viajes* puede acudir a ellos eligiéndolos de entre el repertorio retórico que la inmediata tradición ha conformado al respecto. Incluso cuando lo que se pretende componer no es, con estricta precisión, un *libro de viajes* pero sí, y en cualquier caso, un texto surgido de y/o en una experiencia de viaje. Ramon Llull traza un periplo en ocasiones mixtificado que le conduce a la visita y reconocimiento de puntos lejanos desde donde un día avanzará su proyectada y definitiva —aún más lejana— cruzada. La información recogida en sus viajes la utiliza funcionalmente para sus escritos de corte apologético. De su viaje a Armenia (h. 1302) extrae la información sobre los tres emperadores tártaros que, ya en Montpellier y hacia 1304, intercalará en su *De convenientia fidei et intellectus* como medio para advertir de los peligros más inmediatos y de la situación real. Piénsese que, trasladada la información desde una perspectiva diversa, Ramon Llull, al hablar de Catay soberano del norte, esto es, de la Tartaria septentrional, se está refiriendo al emperador Toctai de la relación de Marco Polo (G. Gobulovich, 1906: T.I. pp. 381-382, n. 3). Y que, además, sobre esa información vuelve —y ahora desde Pisa, en 1307, tras los oprobios y la cárcel sufridos en Bugia de África— en su casi inmediata *Disputatio Raymundi Lulli et Hamar Saraceni* donde Ramon Llull intercala una referencia a Preste Juan, localizando su reino en la India.

Pues bien, ese tipo de información que él debía haber recibido adornada con comentarios y acotaciones más coloristas y no tan sólo puntuales, aparecen en aquellos textos en que Ramon Llull encierra su discurso en un marco más

narrativo, incidiendo ahora en aspectos antropológicos y culturales, también maravillosos, que, por exotistas, atraparán la atención del receptor. Este es el caso de *Libre de Evast i Blanquerna* (h. 1295). Así en su capítulo LXXXVIII, donde, aprovechando el envío de doce mensajeros, al lector le es dada la oportunidad de ir a Sudán, a «*mig jorn*», llegar a «Tidalbert» y dirigirse hacia la tierra «... *on hix lo flum de Damiata*», siguiendo los pasos de uno de los «*misacges*»; siguiendo al que, por su parte, «... *anà a tremuntana*», podrá llegar a «Girlanda» y más allá de «Dàcia»; y asimismo a «Barberia» y a «Turquia».

La prosa de Ramon Llull, en tales casos, se construye sobre el equilibrio que supone componer el período narrativo mediante la presentación de un dato sobre las costumbres del país, e incluso idiosincrasia de sus habitantes, acompañado de otro que se refiere a las creencias y que rápidamente entra en el campo de lo maravilloso. De los habitantes de Sudán, por ejemplo, se dice que son gentes «... *totes negres, e adoren ydoles, e son hòmens alegres e qui tenen justícia molt fortment e qui aucien tot home qui atroben en mentida, e de tot ço que han fan comú*», espacio humano en el que se instala el componente mágico:

«*En aquella terra ha una illa en mig loch de un gran stany: e n aquella illa està un drach al qual fan sacrifici les gents d'aquella terra e lo qual ahoren com a déu*» (p. 214, LEB).

De la misma manera que en «tremuntana», donde hay «... *gents moltes qui avien diverses creences*», en los mismos parajes de una parte hay una tierra «... *on per encantament, fan parlar los arbres*» y a otra viene

«... *un upega en .i. boscatge, e si null home talle negun ram d'aquell boscatge, en continent cau lamp e tro del cel e met en perill de mort tot home qui sia en aquell boscatge*» (p. 215, LEB).

En cualquiera de los casos parece ser que Ramon Llull no hace otra cosa que llevar a su texto la información más generalizada en la época sobre esas tierras. Y asimismo lo hace de la manera en que les llegaba a quienes, como él, no habían accedido a aquellos destinos. En el último punto, avanzando sólo un poco, la voz narradora afirma: «*Totes aquestes noves e moltes d'altres tramès scrites el misatge de tremuntana al cardenal*» (p. 216, LEB). La forma en que les llegaban escritas eran las de esa retórica ya estipulada, donde se cruzaba lo informativo con lo fascinante, y que, bajo el signo de la credibilidad, Ramon Llull, un receptor más, trasladó a su texto, asumiendo contenido y formulación. Su texto apologetico y narrativo se contamina así de otras formas de escritura que vienen impuestas por la materia tratada. O, dicho de otra manera, surgida de la experiencia previa de un viaje, impone sus modos retóricos.

Aunque sólo a modo de nota y de cara a acercarse a la constatación de esas pruebas tangenciales que informan sobre su constatación en catalán, creo que habría que tener también en cuenta el material cartográfico. No sólo la imaginaria que llena los planisferios de las tierras que se van descubriendo sino, asimismo, las leyendas en ellos insertadas. Cabría preguntarse si no hay ahí una forma sintetizada del *libro de viaje* o, en su caso, su plasmación visualizada. Detalles iconográficos como representaciones de ciudades, edificios, animales reales

—pero de una zoología diversa a la occidental— y fantásticos, tiendas con personajes en su interior, banderas, etc. que adornan esa inicial cartografía catalana, coincidiendo con la de otros focos de producción, proyecta una visualización del mundo lejano que en este caso encontró su mejor círculo en la llamada *escuela cartográfica de los judíos de Mallorca* (v. Ch. La Roncière, 1925: vol. I, pp. 121-141, 167-168; F. Soldevila, 1925,a: 344). Por lo que aquí se está tratando, habría que destacar cómo algunas de esas cartas dan referencias sobre expediciones catalanas desaparecidas más allá de ciertos límites (F. Soldevila, 1925,a: 347-348) y ofrecen representaciones de Preste Juan acompañadas de leyendas sobre él y su fantaseado reino (F. Soldevila, 1925,b; pp. 432-433). A favor de esa *lectura* del material cartográfico, véase cómo a la inversa M.A. Pérez Priego (1984: 226) propone *ver los libros de viajes* como «... un mapa desplegado en palabras».

2.4. Un «itinerario» de 1323 a Tierra Santa

Todos estos elementos documentan, así pues, el conocimiento de la retórica de los *libros de viajes* en el espectro catalán y su proyección latente sobre textos que parcialmente la aprovechan al dar entrada a la materia del viaje en su configuración. Su práctica, en todo caso, ha de resultar más palpable en el texto que, todo él, se prefigure como documento de la experiencia de un viaje.

De 1323 es la relación del viaje de unos peregrinos catalanes a Egipto y Palestina. Según su editor, J. Pijoan (1907: 370), una «... relació del viatge que fan a Terra Santa uns pelegrins catalans arreplegats per un tal G. de Trops, que coneixia be aquells paratjes per haverhi estat cautiut la temporada de 16 anys. S'emporta ab ell uns frares predicadors, y sobre cautiveri y marxa de tota la companyia'ns informa una carta del rey Jaume II publicada per Finke (*Acta Aragonensia*, II, p. 756)». En su presentación, P. Pijoan informa sobre las circunstancias e intenciones que rodean el viaje: Jaume II andaba detrás de que el sultán de Egipto decretara que los frailes predicadores que vigilaran el Santo Sepulcro fueran súbditos suyos, aprovechando la información previa por parte de unos cautivos liberados sobre el mal estado en que se encontraban los Santos Lugares.

La peregrinación que recoge el texto —posterior a la embajada de 1322 en la que los procuradores Berenguer de Castro y Guerau d'Olivario presentaron al sultán Mahomet dicha pretensión, amén de otros cumplimientos diplomáticos— trazará desde Egipto un recorrido circular: Cairo-Jerusalén (Cedrón, barrio de Levante)-Belén-Nazaret-río Jordán-Carmel-Tabor-mar Tiberiades-Jerusalén (visita más detenida)-Convento de Sta. Catalina en el Sinaí-Alejadría— regreso, de acuerdo con el vaciado cumplido de J. Pijoan (1907: 371). Lo que interesa constatar aquí, no obstante, es en qué medida se amplía el repertorio de recursos expresivos que antes se recordaba en función de la crónica, así como qué tipo de estructura nos permite constatar.

La presencia de esos diversos puntos de destino, etapa tras etapa, se encierra a modo de paréntesis entre dos cláusulas. En la inicial se ofrece la fecha de partida

y destino del viaje, advirtiendo además de quién —G. de Tremp— y porqué dirige el viaje— «... *era stat caytiu del solda .XVJ. ans e vuy meses ...*»— así como con quién y para qué— «... *ab .xij. preycadors qel rey Darago avia trameses al dit solda per servir lo sant sepulcre...*» (p.374, VTS)—. La cláusula final la compone la despedida con afán de probatura:

«E totes les demunt dites coses los dits preycadors ab los dits G. Tremp e Neromir Sartre e en Jacme Riquer veeren e hoyren personalment visitan e veen tots los dits locs perquen poden fer mils testimoni de veritat» (p. 384, UTS).

Deseo, por tanto, de probar históricamente el contenido del texto así como de racionalizar su experiencia. Doble voluntad que inmediatamente se adentra por las formulaciones de lo verosímil para dar cuerpo escrito al viaje realizado y que, esta vez sí, interesa que quede documentado. No en balde es particular capítulo de una propuesta política. En ese sentido, el de su historicidad y verosimilitud, en la cláusula inicial, y además de que allí ya aparecen los dos nombres constatables que junto al de G. Tremp se recuperan en la despedida, se advierte que viajaron «... *en una nau den G. Grau de Tarragona*» (p. 374, VTS). La quilla de esa nave abre en la relación del inmediato viaje, después ya por tierra, un surco que mediante diversos recursos va a seguir insistiendo en la presencia de lo constatable y de lo empírico. También de lo que puede resultar palpable para el receptor si el redactor acierta en su escritura.

En el primer aspecto destaca la utilización de modismos que, si bien pueden estar haciendo referencia a medidas convencionalmente aceptadas, no deja de introducir en el texto sobre lejanas tierras un registro coloquial que puede estar aproximando esa geografía a la del receptor. Se trata de expresiones como «... *ha un get de pedra ...*», «... *ha tro hun treyt de balesta ...*», «...*tro a .j. get de lança de prop...*», para expresar la distancia entre dos lugares a lo largo de todo el texto. Coloquialismos con los que incluso se matiza—«...*pot haver mig trey de pera...*» (p. 374, VTS)— pero que, en cualquier caso, practican una identificación de espacios geográficos, como antes he dicho, y/o meten al receptor en la circunstancia espacio-temporal del viajero.

Idéntica función aproximativa e identificativa creo que cumple la utilización del presente narrativo—en el que se aúna la experiencia del viaje con el momento de la lectura de su relación: identificación viajero-receptor—, cruzada con el pretérito que introduce la rememoración de episodios sagrados y leyendas piadosas que el viajero visualiza en los escenarios donde tal vez acontecieron y que el receptor reconoce por su formación. La escritura compuesta sobre ese esquema—este *es* el lugar donde un día *hubo*, *sucedió*, etc.— aproxima todo un mundo—geográfico-enciclopédico— por el que el receptor podrá andar con resuelta verosimilitud. Coadyuvante en ese sentido puede ser algún otro recurso que insista incluso en la constatación del elemento que materializa el recuerdo del antiguo episodio y que el viajero contempla directamente. Sería el esquema del tipo: aquí *ocurrió* esto y *ahora hay* una iglesia que lo conmemora. Por ejemplo al hablar de Nazaret advierte que «... *e ay fort bela iglea*» (p. 378, VTS); la valoración de la iglesia mediante la adjetivación implica la visita por parte del

viajero. La misma intención puede perseguir la contradicción de ese recurso: donde *ocurió* esto *ya no hay* el monumento que lo conmemoraba. Así, la iglesia que recordaría la aparición de Cristo a los apóstoles tras su resurrección, unos «...*moros lan endarrocada*» (p. 375, VTS), o en «Gallicanta», donde S. Pedro lloró sus pecados, «... *aviay molt bele iglea en temps de crestians*» (p. 381, VTS). Poder documentar que ya no existe implica idénticamente la visita del lugar.

Ese juego a favor de la aproximación y de la identificación puede rozar niveles, si no de redonda, sí de interesante literaturización del texto. En ese sentido hay que entender la recreación tridimensional de ciertos espacios. En ocasiones trabajando con la señalización de un punto en medio del paisaje abierto y hacia el cual se puede avanzar mediante el camino que la peregrinación va trazando: «*De Betania, baix en aval ha .j. loc en que preycha Ihesucrist ...*» o «*A sol de la val de losafat es la font de Siloe...*» (p. 379, VTS). En otras ocasiones, creando verdaderas superficies escénicas. Puede darse esto último mediante la descripción detallada. El mejor ejemplo es la que se realiza sobre la iglesia de Belén que ya J. Pijoan (1937: 376) advirtió que «... no pot ser més minuciosa pel seu temps», tratándose de la visualización de un fastuoso interior y en este caso habría que contrastarla con la descripción que Ramon Muntaner pudiera haber hecho del palacio de Blanquerna (v. J.M. Ribera, 1989,c). En Belén, el viajero pasea al receptor por «... *lo presepiu hon lo meseren con fo nat...*» y también por «... *lo loc on los .iii. reys lo vengren adorar*», por esas y otras capillas cubiertas de ricos materiales como «vori», «jaspi», «plom», «marbre» (p. 376, VTS).

Otra posibilidad en ese sentido es la de crear un espacio dramático mediante la disposición de los volúmenes. En este caso el mejor ejemplo es el de la reconstrucción en el texto de «*la casa de madona santa Ana*» (p. 374, VTS) donde, además, verbos de movimiento o que implican el paso del tiempo acentúan la naturaleza viva y transitable de aquel espacio: «... *ay .j. bela font hon hom **avala** ab .j. scala*» y «... **cremen** .xv. lanteas nuyts e dia honradament». Esa tridimensionalidad se acrecienta mediante una referencia tangencial a la vida real y cotidiana que allí hubo porque allí «... *mora ela e lochim. E en aquel foren soterats*». Referencias de ese tipo a los habitantes ancestrales de aquel espacio, personajes santos por otra parte, vivifican esos escenarios sin poder dejar de contaminarse en ocasiones de un cierto costumbrismo que acentúa esa función; al visitar «Abron» o «Ambron» se verá

«... *.j. gran gorg daiga qui fa .ij. partides, en la .j. se banyava Adam can volia jaura ab sa mulyer en laltre se banyava sa mulyer*» (p. 378, VTS).

Ese tipo de incrementos de orden narrativo, aunque tocados de particular cotidianeidad, no obstante hay que entenderlos en su justo valor. Junto con los que después se plantearán como muestra del componente maravilloso-piadoso del texto, unos y otros se deben a una fuente concreta, la legendaria que el viajero da como cierta. Su inserción en el texto es un prurito libresco tanto como lo puedan ser aquellos que sí lo serían para un lector actual y con los que también cumple el antiguo relator, así por ejemplo las referencias más exactas a personajes y citas del Antiguo y Nuevo Testamento. Hecha esta advertencia que intenta

localizar la presente revisión del texto en un punto desde el que no se magnifiquen sus posibles aciertos, y por lo que se refiere a la concreción de espacios específicos en el texto, sólo quisiera advertir sobre el diseño de itinerarios particulares dentro de la peregrinación global, así la visita-recorrido por el Gólgota (p. 381-382). Del mismo modo no quisiera dejar de recordar la impresionista imagen del desierto por lo que a capacidad descriptiva se refiere -«... *el desert hon ha .ij. legues, es tot terra plana tro al peu de montanya*», «*la pus aspra terra que sia al mon*» (p. 381, VTS)-que parece transmitir la sorpresa del viajero.

Ahora bien, todo ese nivel de experiencia constatable, incluso física me atrevería a decir, está atravesado por un componente maravilloso que, por tratarse de material religioso, es piadoso y que, por medieval, es igualmente verosímil para quien lo verifica mediante el texto y para quien asimismo lo recibe. Su presencia se inserta en el texto y en determinadas ocasiones encajándose entre los elementos que previamente han configurado un espacio realista. De esta forma se contamina de esa realidad y se aproxima al receptor en su verosimilitud. Así, la fuente que mana en casa de Sta. Ana y cuya «*ayga tol totes febres als crestians quin beuen*» (p. 374, VTS), seguramente porque allí se enterró al santo matrimonio; o también en la iglesia de Belén, cuidadosamente descrita, la existencia de «... *j. font hon veu hom lastela que guia los reys e veula hom axi de dia co de nuyt*» (p. 376, VTS). Pero en otros casos su presencia irrumpe directamente en el texto, y en el espacio visitado, sacudiendo su ordenado material informativo. Es lo que ocurre en la visita a la «*probatica piscina*» donde, si sanan los enfermos, es porque «... *aqui ve langel moure layga daquela font*» (pp. 374-375, VTS).

Entre esos dos extremos que el lector moderno puede entender como estructuralmente meditados —racionalización y golpe de efecto— no obstante en el texto domina el recurso de la inserción directa de la leyenda piadosa como elemento informativo y cautivador al lado de los topónimos visitados. Así se reproduce un denso repertorio de tradiciones que permiten al receptor contemplar la piedra que fue león hasta que Jesucristo tocó su frente con tres dedos, las piedras blancas merced a las gotas de leche que derramó la Virgen, el árbol donde Abraham practicó el sacrificio y que florece todo el año, la cruz blanca que aparece en Epifanía en el lugar donde Cristo hizo brotar una fuente para que la Virgen calmara su sed, la imagen de la Virgen que revive periódicamente, etc. Ante fenómenos de ese tipo, creídos por fe, en una ocasión se constata la visión de lo acontecido: según la tradición, en la iglesia donde yace «santa lusiana», Sta. Egipciana, no logran entrar quienes estén en pecado mortal y es el caso que «... *vegueren aquests pelagrins*» que «... *una pelagrina inglesa*» no pudo pasar empujada por ninguna fuerza física— «... *ab .M. pereyls de camels...*»— sino cuando se hubo confesado (pp. 375-376, VTS). En este mismo sentido habría quizás que rescatar el uso del verbo *ver* en la citada referencia a la estrella de los Magos en Belén. En otro momento, por ejemplo, la leyenda piadosa intenta justificar un hecho dado. Así, Jesucristo, en el mar de Galilea y tras encontrar a Pedro y Andrés, tomó

torna viu e daquela hora enant tot lo peyx ix en aquel loc dequela vora ab lespina de sobre lasquena» (p. 379, VTS).

Habría que apuntar también que es en el material que proviene de esa fuente, cruzándose en ocasiones con episodios de los textos evangélicos, donde se pueden encontrar aquellos fragmentos en que el texto cobra una cierta fluidez narrativa. Tómense como principal muestra los fragmentos sobre la anunciación a María, sobre la huida a Egipto, o, también, sobre la fundación de la iglesia de Sta. María de Sardona (pp. 379, 380, 383, VTS). En los dos primeros casos, con mayor seguridad, por poder remitir a textos tomados de lecturas ejemplares, llenas de adornos apócrifos que aquí sobreviven. Hay, con todo, un caso en que el redactor parece tomar conciencia de esas exageraciones y se justifica: al relatar una tradición apócrifa según la cual Jesucristo compró un campo para convertirlo en cementerio de peregrinos, añade que «... *aquest miracle feu Ihesucrist en sa infantea. Els evangelistes no parlen des aquests ne dautres mouts que feu en sa infantea*» (p. 380, VTS).

De todo ello surge un texto compensado en la doble vertiente de su información, sabiamente ensamblada, y, para el receptor medieval, compacto en lo que a verosimilitud atañe. A destacar el logro de que el receptor pueda identificarse con el viajero y contemplar los espacios visitados desde su interior. Lo que, recuérdese, en la crónica casi sólo lo lograba Ramon Muntaner con el caso excepcional de Djerba. Aquí, la prosa de la relación intenta formalizarlo mediante lo que tal vez también no habría que considerar más que como el plural de modestia: es este el caso de que al referirse a «Sur» o Tiro se recuerda que allí hizo Jesús muchos milagros durante su infancia, advirtiendo que «... *aci com ians havem dit...*» (p. 382, VTS).

Ya que se han destacado los posibles aciertos de este *Viatge a Terra Santa* mediante los que se recrean para el receptor los espacios lejanos, habría que notar lo siguiente. Esos factibles logros de orden espacial y paisajístico no son aprovechados para localizar en ellos escenas de costumbres o tensiones dramáticas que no provengan del acerbo popular o de las Sagradas Escrituras. Esos escenarios no se ponen al servicio ni de una mínima referencia a las peripecias de los viajeros ni de una plasmación de las costumbres de los coetáneos habitantes del país. En ese sentido, el texto suscribe la retórica del *libro de viajes-peregrinación*, en su variante de *itinerario* y desarrollado, si bien con un descriptivismo sorprendente para la época, de forma incontaminada. Constráste-se, para destacar este aspecto, con el citado *Viatge del Vescomte Ramon de Perellós i de Roda fet al Purgatori de Sant Patrici* que conduce hasta el lago Derg en Irlanda para, desde allí, continuar por los espacios de ultratumba y finalmente regresar —desandando caminos— hasta Avignon: también *libro de viaje-peregrinación*, es este último un texto de formulación mixta —tal y como he desarrollado en otro trabajo (J.M. Ribera, 1990)— en la que el viaje por motivos piadosos no impide al autor-personaje relatar su recorrido cortesano —París, Londres—, añadir información antropológico-exotista —la magnífica secuencia sobre el reino de «lsuel»— o referirse a su particular peregrinaje caballeresco —visita a *santuarios* artúricos como la isla de Man y Dover—.

El *Viatge a Terra Santa* no somete su estructura a esos niveles de contaminación. El relator del viaje, Joan Rovira de Montblanch, es una voz más de los viajeros y quien, en palabras de J. Pijoan, «... posà en ordre la descripció del romiatge, segons les notes de l'itinerari que havien preses els predicadors» (1907: 371). Se trata por tanto de un viaje colectivo en el que el firmante del documento no debe interpolar impresiones ni experiencias propias. Esas, tal vez, figurarían en sus notas. En las de cada viajero si se atiende a lo dicho por J. Pijoan. En sus notas o en sus memorias, y lo uno y lo otro parece indocumentable. Ante esto, queda por hacer otra apreciación. Por lo dicho, el texto —con sus aciertos y todo— se ve obligado a frenar su connatural impulso narrativo. Con la finalidad de probar la veracidad de sus contenidos, J. Pijoan va comparando su itinerario con el de otros textos —el coetáneo de J. de Verona, el de Simone Martini (f.s. XIV) y una descripción de Tierra Santa en catalán y debida a un fraile catalán del convento de Monte Sión de Jerusalén (p.s. XVIII)— lo que permite destacar los logros del texto en cuanto a su contenido. Pero puestos a intentar comprender la limitación que, por lo antes dicho, pesa sobre el texto, plantearía yo otro tipo de comparación y con otros textos. Y esto porque, si se compara el texto aquí tratado con el de los otros itinerarios catalanes conservados —unas *Romeries* de 1320 por Provenza, Pisa y Roma según manuscrito de 1383 escrito por P. Thomas; un *Romiatge a la Casa Santa de Jerusalem* por Guillem Oliver en 1464— nos seguiríamos moviendo en la constatación de recursos expresivos que ciertamente el texto de 1323 agranda o al menos resuelve con mayor pericia. Así, por ejemplo, ante las muestras que el documento de 1383 da para incidir en la experiencia de sus viajeros —P. Riber y R. Torner—, quienes, si hablan de un lugar, es porque «foren ...» y «veeren...» las cosas que allí «ha», «hay», «están» o «son» y que otros —grado máximo de documentación verista en el texto— «... lurs mostraren...» como se indica ante la referencia a una reliquia.

Por un volumen italiano de 1862 conocemos cuatro textos del siglo XIV sobre Tierra Santa. Uno, significativamente anónimo, es de tal asepsia que, comparado con el itinerario catalán, queda convertido en una mera guía. Los otros tres, debidos a Leonardo Frescobaldi, Simone Sigoli y Giorgio Gucci, son tres versiones de un mismo viaje realizado en 1384. Cada uno de los textos permite, creo, vislumbrar si no la psicología de cada uno de sus autores, sí su talante mediante el tipo de detalles en los que fijan su atención o las imágenes que intentan llevar a sus respectivos textos. Entre los tres, en cualquier caso, se complementa y amplía la información coetánea sobre el país visitado —paisajes, calles, mercados, vegetación, animales, vestimenta, léxico— sin por ello dejar de realizar su peregrinación. Pero cruzando la doble experiencia: si el primero se sorprende de que haya que pagar para visitar la Iglesia del Santo Sepulcro, el segundo se fascina ante la iluminación nocturna de Damasco y el tercero advierte de la frialdad del agua del río Jordán, donde se bañaron. Y eso, apenas sesenta años después, con una flexibilidad lingüística y descriptiva que supera con mucho la notoriedad dada al texto catalán. Podría preguntarse si se debe esto a los diferentes estadios histórico-literarios en que se encuentran el italiano y el catalán, a la capacidad de la pluma de los autores, o, sencillamente, a la diversa

concepción de cómo se va a formular cada texto. De andar las cosas por este último camino, estaríamos ante el reconocimiento no sólo de que existe el *libro de viajes*, en la medida en que se dispone de una retórica propia para escriturar la noción misma del viaje, sino que además existen subgéneros y no sólo en la medida de sus funciones sino de sus particularidades expresivas. Todo ello agranda a la vez que flexibiliza los *rasgos del género* que para los *libros de viajes* medievales establece M.A. Pérez Priego (1984: 220-234). Creo también que, en esos márgenes ampliados, puede comenzar a desdecirse la supuesta pobreza literaria de esos textos y, paralelamente, a perfilarse una técnica compositiva que conduce al reconocimiento de un género.